



ART IN LIGHT BOXES

“LUGARES DESDE LOS QUE MIRAR EL MUNDO”

POR ESTRELLA DE DIEGO

Aquella mañana, frente a las obras de Carlos Díaz de Bustamante, se me vinieron a la cabeza tres viajes míticos del Capitán Cook, y aún no consigo descifrar por qué.

El primero, a los Mares del Sur, se inició en 1768 y fue patrocinado por la Real Sociedad, primera organización científica de Inglaterra. El segundo, siguiendo la estela de éxito del anterior, resumía un antiguo deseo: dar con la franja navegable que creía atravesaba el continente americano y que tanto podría facilitar la relaciones comerciales entre Europa y China. Fue entonces, durante su explotación hacia el Norte, cuando Cook descubrió Hawai. Hacia ese punto se dirigía su tercer viaje y esa sería su última expedición: el capitán moriría allí.

La historia más reciente cuenta cómo en aquella última expedición, el renombrado Cook, a menudo descrito como ejemplo del viajero de la Ilustración, un explorador, un hombre de mente abierta, sin prejuicios, respetuoso con los rituales ajenos, se mostró como quien realmente era: un descubridor, aquel que organiza un mundo estereotipado a partir de unas creencias científicas inamovibles.

Pero no, no es de Cook de quien querría hablar. O no sólo. No quisiera hablar de sus viajes, aunque las primeras expediciones de la Ilustración, casi modernas, me causen una tremenda curiosidad, incluso una melancolía profunda cuya causa nunca conseguí descubrir. Será que, pese al deseo implícito de los viajeros del XVIII, pese a la determinación genuina de los exploradores por tratar de entender al otro, el otro era entonces demasiado diferente, excesivamente aparte para no condicionarlo a la propia imaginación, a un lenguaje propio. Será que, para hacer al otro comprensible para los que se quedaban en casa, era preciso reordenar al otro a partir de parámetros conocidos. Será que el mundo se hizo de repente inverosíblemente grande, más grande que las categorías existentes, que la taxonomía a mano. Será que, pase lo que pase, es imposible huir del relato personal, de la imaginación particular, quién sabe.

Aunque no. No me interesan los viajes de Cook. O no sólo. Me interesan, en primer lugar, los personajes que acompañaron al capitán, los que frente a los posibles desmanes del descubridor, transportaban a bordo las buenas maneras de los exploradores, los que partían, a pesar de las paradojas y contradicciones que rodean al propio término Ilustración, sin prejuicios, como testigos que tratan de entender los mundos. Era necesario respetar a los que se iban encontrando, había que intentarlo al menos, si bien la condena última fueran el relato personal y la imaginación particular. Quizás por eso Cook decidió eliminar a los científicos del tercer viaje: Malditos científicos y maldita ciencia. No quería testigos molestos.

Y me acuerdo de nombre como los que aquellos que le acompañaron en la primera y la segunda expedición: Sir Joseph Banks, botánico, Alexander Buchman, interesado en las foras humanas y los paisajes, el astrónomo Charles Green y Sydney Parkinson, un artista que se especializaba en dibujos de flores y frutas.

Sí, tal vez fueron ellos los que regresaron a mi memoria aquella mañana, frente a las obras de Carlos. No sé, tuve la sensación de hallarme ante las colecciones de un viajero, un viajero muy especial, claro, un científico ilustrado que



ART IN LIGHT BOXES

empezaba sólo a taxonomizar el mundo porque el mundo se había hecho enorme de repente y faltaban casi las palabras y hasta los lugares para ir clasificándolo.

Miraba las obras, observaba sus objetos atesorados con paciencia. Carlos no quería poseerlos, quería solo ordenarlos, reorganizarlos, de ahí su posición de viajero ilustrado, lo que yo me imaginaba en mi relato. Acumulados solo no tendrían orden, ni lógica. Y él aspiraba a una cierta taxonomía del mundo, me parece, aunque fuera colocando trampas a la mirada -o precisamente por eso- y a veces las plantas eran conchas y las conchas plantas, como en los dibujos de Parkinson. Sí, el mundo se había hecho demasiado nuevo: era imprescindible inventarlo completo.

Como Alexander Buchaman, Carlos iba buscando paisajes nuevos y, más aún, porque había estado en la casa del otro, había aprendido a mirar con ojos despiertos los jardines familiares, los de siempre. Así, desde arriba, parecían tan distintos... Casi ajenos.

Igual que el astrónomo Green, Carlos iba buscando nuevas constelaciones, objetos asociados en combinaciones prodigiosas. Y luego, cuando se encontraba con el otro, lo transcribía de esa forma peculiar que lo hacía próximo también para los que nunca habían salido del espacio cotidiano.

Sí. Lo que me fascinaba de esas obras era su extraordinaria posición en el margen, en esa franja estrecha que no es aquí y no es allí, como si al hablar de la kashba, al representar a ese Último Emperador o sumergirnos en un Claustro, hubiera una necesidad imperiosa de traducir el mundo, de descifrar el mundo, y al hacerlo, inventarlo otra vez.

Igual que Banks, Parkinson y Buchman, Carlos se había pasado recogiendo muestras de civilización, trozos, huellas, y, como sucede en las cámaras de las maravillas, como sucede en las primeras expediciones ilustradas, sus obras creaban ese espacio milagroso donde naturalia y artificialia -las cosas construidas por la naturaleza y las cosas construidas por la mano del hombre- convivían cómodamente.

Era necesario ordenar el mundo y, como se había hecho tan grande, de repente, como faltaban espacios y conceptos, Carlos había metido los objetos atesorados en cajas, sólo para intentar reorganizar el universo.

Estaban atrapados en esos espacios, de una forma contundente y delicada. Su afán parecía poético más que científico. Cada espacio era un verso y cada objeto dolía un poco, igual que duelen las palabras mientras van saliendo. Cada objeto, al lado de otro impensado, sorprendente, daba al espectador la impresión de haber estado siempre allí, allí donde estaba, en esa caja.

Y, sin embargo, pese a la apariencia, no se trataba de cajas. Lo ve ahora, al tiempo que rememoro mi visita de aquella mañana. Carlos construía lugares para mirar el mundo. A veces, como en Cartas a la infancia, invitaba a mirar hacia dentro, a entrar en el lugar. Otras, más secreto, cegaba la visión, cerraba las puertas. Y en algunas ocasiones eran los lugares los que, como ventanas, se asomaban hacia nuestros lugares. Un juego de lugares, al fin, un juego fractal, en cual lo de dentro y lo de fuera se fundían y se confundían en su inquietante propuesta: lugares desde los que mirar



ART IN LIGHT BOXES

el mundo. O los mundos, más bien, porque como entendieron los exploradores ilustrados, cada ventana puede abrir posibilidades infinitas.

That morning, whilst standing in front of the artworks of Carlos Diaz de Bustamante, mystic voyages of Captain Cook came to mind; I still can't put my finger on why.

What fascinated me about those works of art was how very on the edge they were, in that grey space that is neither here nor there, as if there was an immense need to translate the world, to describe the world and in doing so reinvent it again.

Like Banks, Parkinson and Buchman, Carlos travelled around collecting samples of civilisation, trinkets, traces, and as seen in the chambers of marvels, as seen in the first illustrated expeditions, his works of art create that miraculous point at which nature and the artificial live together in harmony.

The world needed rearranging, and as it had suddenly become so big, as spaces and concepts were lacking, Carlos put the object in boxes, but only in order to attempt to order and reorganise the universe.

They were trapped in those spaces, in a delicate and firm manner. His ambition seemed more poetic than scientific. Each space was a verse and every object hurt a little, in the same way that words hurt when they come out. Each object was next to the other in somewhat of a haphazard way, however, at the same time it surprisingly seemed to give the impression that it was and had always been where it was, in its box.

And, despite the appearance, they weren't boxes. I see it now, as I reminisce on my visit that morning. Carlos constructed places in order to look at the world. Sometimes, inviting you to look inside, to enter that place. Others, more secretive, barred ones vision, closed its doors. And on some occasions they were places in which, like windows, they would look out to our places. A set of places, where what was inside and what was outside would blend together in their unsettling suggestion: Places where one could look at the world. Or better said, the worlds because as the illustrated explorers understood, every window can open on to infinite possibilities.